

La mujer samaritana

Cuando la mujer samaritana descubrió que se enfrentaba a un profeta, quiso saber sobre temas espirituales: la adoración y dejó sus necesidades personales en un segundo plano.

La mujer samaritana

“La mujer le dijo: Señor, veo que eres un profeta”. (Juan 4:19)

Introducción

El evangelista Juan registró que todo lo que escribió tenía la intención de llevar a sus lectores a creer que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y al creer, tener vida en abundancia.

“Estos, sin embargo, fueron escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

En particular, hay elementos en la historia de la mujer samaritana que demuestran que Cristo es el Hijo del Dios viviente, el Hijo de David prometido en las Escrituras.

El evangelista Juan registró que cuando Jesús descubrió que los fariseos habían oído que había realizado muchos milagros y que bautizaba mucho más que Juan el Bautista, dejó Judea y se fue a Galilea (Juan 4: 2-3), y eso tuvo que pasar. a través de Samaria (Lucas 17:11).

Jesús fue a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cuyo

territorio era una propiedad que Jacob le dio a su hijo José (Juan 4: 5). El lugar donde Jesús fue en Sicar hizo que Jacob perforara un pozo.

El evangelista destaca la humanidad de Jesús al describir su cansancio, hambre y sed. Al mencionar que sus discípulos fueron a comprar comida, nos da a entender que Jesús necesita comer, que se sentó porque estaba cansado y, al pedirle agua a la samaritana, se da a entender que tenía sed.

Aunque el enfoque del enfoque del evangelista no fue demostrar que el Señor Jesús tenía sed de agua, ya que lo que se hizo evidente fue su necesidad de anunciar las buenas nuevas del reino a las mujeres, está claro que Jesús vino en carne (1Jn 4 : 2-3 y 2 Juan 1: 7).

Jesús se sentó junto al pozo de Jacob, cerca de la hora sexta (mediodía) (Juan 4: 6, 8), cuando una mujer samaritana llega a la fuente para sacar agua (nombrar a alguien por el nombre de la ciudad era deshonroso, porque demostraba que tal individuo no pertenecía a la comunidad de Israel), y fue abordado por el Maestro que se dirigió a él diciendo:

– Dame de beber (Juan 4: 7).

La actitud del Señor hacia el samaritano (pedir agua) puso de manifiesto lo que los hombres y mujeres nobles tienen más nobles: la razón, el razonamiento (Job 32: 8).

La mujer debe haber hecho una pregunta basada en una variedad de conocimientos previos. No formuló el pensamiento más brillante de la humanidad, pero planteó una pregunta importante para esa mujer y su pueblo:

– ¿Cómo, siendo judío, me pides que beba de mí, que soy mujer samaritana? (Juan 4: 9).

Los samaritanos fueron discriminados por los judíos, pero Jesús, a pesar de ser judío, no le dio importancia a este

tema, pero la mujer cumplió muy bien su propósito en ese momento.

En la pregunta, la mujer resalta que era mujer y al mismo tiempo samaritana, es decir, que había un doble impedimento para ese hombre que, aparentemente, debería ser más un judío celoso de su religiosidad.

Muchas preguntas surgieron en la cabeza del samaritano, ya que Jesús ignoró las prácticas y reglas relacionadas con el judaísmo al pedir agua. – ¿No se dio cuenta de que soy mujer y samaritana? ¿Beberá el agua que le doy sin miedo a contaminarse?

El don de Dios

Después de despertar el razonamiento del samaritano, Jesús estimula aún más el interés de la mujer:

– Si conoces el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, le pedirías y él te daría agua viva.

La mujer samaritana no alcanzó inmediatamente la excelencia de las palabras de Cristo, porque no tenía experiencia en la verdad

“Pero el sustento sólido es para los perfectos, quienes, debido a la costumbre, tienen el sentido común para discernir tanto el bien como el mal” (Heb 5, 14).

Si la samaritana tuviera la mente ejercitada, realmente no haría la pregunta:

– Señor, no tienes nada que llevarte, y el pozo es profundo; ¿Dónde, entonces, tienes agua viva?

Del argumento se puede ver que la mujer samaritana se enfoca en la imposibilidad de llegar al agua sin los medios

necesarios, sin embargo, ella no rebatió lo que dijo Jesús sobre tener agua viva.

Sin considerar el argumento inicial de Jesús sobre el don de Dios, analizó:

– ¿Eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, bebiendo él mismo, sus hijos y su ganado?

Ofrecer una alternativa de agua que no fuera el agua del pozo de Jacob le hizo parecer al samaritano que ese judío desconocido era, cuando menos, presuntuoso, ya que se colocaba en una posición superior a la de Jacob, quien dejó el pozo como legado a sus hijos y, que en ese momento proporcionó la necesidad de muchos samaritanos.

Las siguientes preguntas necesitaban respuesta:

– ¡No tienes que sacar agua y el pozo es profundo! ¿Dónde tienes agua viva?

Pero Jesús estaba trabajando para que la palabra de Dios despertara el “oído” de esa mujer, porque su propuesta hacía saber que Él era, de hecho, superior al propio padre Jacob.

Fue en este punto que la samaritana carecía de conocimiento, porque si supiera quién era Jesús, conocería simultáneamente el don de Dios, porque Cristo es el don de Dios.

Si supiera quién preguntaba: – Dame de beber, sabría que Él era más grande que el padre Jacob, sabría que Cristo era el descendiente prometido de Abraham en quien todas las familias de la tierra serían bendecidas (Gn. 28:14).

Si supiera quién era el Cristo, vería que a través del agua que Cristo estaba ofreciendo, de hecho y por ley se convertiría en una de los hijos de Abraham. Si conociera a Cristo, vería que los hijos según la carne no son los hijos de Abraham, sino los hijos de la Fe, los descendientes del último Adán (Cristo) que se estaba manifestando al mundo (Gálatas

3:26). -29; Rom.9: 8).

Si conociera a Cristo, vería que aunque fue parte del último, podría ser parte del primero, porque a través del Descendiente es posible que todos los pueblos sean bendecidos como el creyente Abraham (Mt 19:30).

Si ella conociera a Aquel que pidió de beber y que le estaba ofreciendo agua viva, vería que Él es el regalo de Dios, porque es Cristo quien da vida al mundo (Juan 1: 4). Ella vería que Él es el sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, por quien todos los hombres, de cualquier tribu o idioma, pueden ofrecer dones y ser aceptados por Dios.

“Subiste a lo alto, tomaste cautiva la cautividad, recibiste dones para los hombres y aun para los rebeldes, para que el Señor Dios habitara en medio de ellos” (Sal 68, 18).

Dios testificó de la ofrenda (dones) que Abel había ofrecido a causa de aquel que ascendería a lo alto y llevaría cautiva la cautividad, el sumo sacerdote compuesto por Dios sin principio ni fin (eterno) del día (Heb 7: 3), quien ofreció a sí mismo como un cordero inmaculado para Dios, y sólo a través de Él son los hombres aceptados por Dios (Heb. 7:25).

Necesidades diarias

La pregunta de la mujer: – ¿Eres más grande que nuestro padre Jacob? fue pertinente, sin embargo, todavía no le permitió identificar quién era ese hombre que pidió agua de la fuente de Jacob y, al mismo tiempo, le ofreció agua viva.

– “El que beba de esta agua volverá a tener sed; Pero el que beba del agua que yo le doy, no tendrá sed jamás, porque el agua que yo le doy se convertirá en fuente de agua en el que salta a la vida eterna” (Juan 4:14).

Es sorprendente que la mujer samaritana, que tuvo un pensamiento elaborado cuando se dio cuenta de que Jesús estaba insinuando que ella era más grande que el padre Jacob, aceptó su propuesta, que tenía agua que evitaría que tuviera sed, sin embargo pidiéndote agua por el bien de Jacob.

La propuesta de Jesús fue clara:

– “El que beba del agua que yo le doy, no tendrá sed jamás”, ¿y para qué quería agua, si tenía agua superior?

La mujer estaba interesada en la oferta de Jesús, pero su comprensión estaba borrosa.

¿Qué hizo que la mujer quisiera el agua que Jesús le ofreció, a pesar de que el Maestro tenía sed?

La respuesta se encuentra en la petición del samaritano:

– Señor, dame de esta agua, para que no vuelva a tener sed y no venga acá a sacarla.

Hoy en día es casi inimaginable el trabajo que tuvo esa mujer para adquirir un poco de agua. Era la sexta hora cuando la mujer fue a buscar agua para cubrir sus necesidades básicas.

Si bien en nuestros días lo que muchos entienden por básico, esencial, es diferente de lo que esa mujer necesitaba, es posible medir cuánto lo que el hombre entiende como esencial enturbia el razonamiento. Si lo esencial compromete la comprensión de lo que se propone en el evangelio, ¿qué pasa con los asuntos de esta vida?

Un hombre que la mujer samaritana no conocía pidió agua, y ahora le ofreció agua con propiedades inimaginables: saciaría su sed para no tener que volver a beber agua.

Cuando la mujer mostró interés en el “agua viva”, Jesús dijo:

– Ve, llama a tu marido y ven aquí. La mujer respondió:

– No tengo marido. Jesús respondió:

– Bien dijiste: no tengo marido; Porque tenías cinco maridos, y lo que ahora tienes no es tu marido; esto lo dijiste con verdad.

Note que Jesús no emitió un juicio de valores sobre la condición de la mujer, porque Él mismo dijo que no juzga a nadie según la carne, porque no vino para juzgar al mundo, sino para salvar (Juan 8:15 ; Juan 12:47).

En este punto, la mujer reconoció a Jesús como profeta: – ¡Señor, veo que eres un profeta! Es interesante que la mujer samaritana reconoció a ese judío como profeta al mismo tiempo y, al mismo tiempo, sorprendentemente, hizo la siguiente pregunta:

– Nuestros padres adoraron en este monte, y tú dices que Jerusalén es el lugar de adoración.

Cuando la mujer samaritana descubrió que Cristo era un profeta, dejó de lado sus necesidades básicas y comenzó a indagar sobre el lugar de culto.

Como samaritana, conocía muy bien la historia que llevó a los judíos a no comunicarse con los samaritanos. El libro de Esdras contiene uno de los malentendidos que existían entre judíos y samaritanos porque los judíos no permitieron que los samaritanos ayudaran a construir el segundo templo bajo la orden de Ciro (Ed 4: 1-24), y la sedición comenzó porque el rey de Asiria instaló en las ciudades de Samaria a personas de Babilonia que vinieron a habitar la región, reemplazando al pueblo de Israel que había sido llevado cautivo anteriormente y que adoptó la religión judía (2Re 17:24 comp. Ed. 4: 2 y 9-10).

La pregunta sobre la ubicación del (culto) era milenario y, ante un profeta, sus querellas diarias ya no son importantes, porque la oportunidad era única: descubrir el lugar de culto y

cómo adorar.

¿Es curioso saber cuál sería la reacción, en nuestros días, si un cristiano descubriera que fue antes que un profeta? ¿Cuáles serían las preguntas para alguien que se presenta a sí mismo como profeta?

Imagino que si los cristianos de hoy encontraran un profeta, las preguntas serían: – ¿Cuándo compraré mi casa? ¿Cuándo tendré mi coche? ¿Cuándo me casaré? ¿Con quién me voy a casar? ¿Mi hijo será hombre o mujer? ¿Cuándo saldará mis deudas? ¿Me haré rico? Etc.

Pero cuando la samaritana descubrió que estaba ante un profeta, quiso saber sobre temas espirituales, dejando sus necesidades terrenales en un segundo plano. No era importante saber si tendría marido o si dejaría de caminar hasta el pozo de Jacob para sacar agua. Ahora, la cuestión del lugar de culto había estado sucediendo durante generaciones y esa era una oportunidad que no podía desaprovecharse.

Con la declaración:

– ¡Veo que eres un profeta! podemos considerar que la mujer entendió lo que realmente estaba pasando.

A diferencia de otros judíos que estaban obsesionados con su religiosidad, legalismo y ritualismo, los profetas de Israel no eran judíos atados a tales lazos.

Fue como decir: – *¡Ah, ahora entiendo!* Eres como Elías y Eliseo, profetas que no fueron suplicados a otros pueblos, ya que ambos se fueron a otras naciones e incluso entraron en casa de huérfanos, viudas, etc. Solo como profeta para comunicarse con una mujer samaritana, ya que Elías fue a la casa de una viuda que vivía en Sarepta, en las tierras de Sidón y le pidió agua para beber:

– “Tráiganme, les pido, un poco de agua para beber en un

jarrón” (1Re 17:10).

Eliseo, a su vez, usó lo que le ofreció una mujer rica que vivía en la ciudad de Sunem, que recibió el mismo nombre del nombre de la ciudad, como fue el caso de la mujer samaritana (2 Reyes 4: 8).

Es sumamente importante analizar la historia de Nicodemo en comparación con la de la mujer samaritana, porque ante Dios un hombre con todas las cualidades morales e intelectuales como fue el caso de Nicodemo es igual a alguien sin ningún mérito, como fue el caso de la samaritana. mujer.

Adoración

Fue entonces cuando Jesús respondió:

– Mujer, créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.

Jesús le enseñó a la mujer samaritana que había llegado el momento, porque la adoración ya no estaba atada a una montaña, ya fuera la montaña de Jerusalén o la de Samaria.

Jesús le pidió a la mujer samaritana que creyera en él y que siguiera sus enseñanzas

– “Mujer, créeme...” (v. 21). Luego aborda una pregunta común a judíos y samaritanos:

– “Adora lo que no conoce; amamos lo que sabemos porque la salvación viene de los judíos”.

Aunque los samaritanos entendieron que adoraban a Dios, lo adoraron sin conocerlo. La condición de los samaritanos es la que el apóstol Pablo describió a los cristianos en Éfeso:

“Acuérdate, pues, que antes fuisteis gentiles según la

carne, y los que vivían en la carne llamaron incircuncisión, llamada circuncisión hecha por mano de hombres; Que en ese tiempo ustedes estaban sin Cristo, separados de la comunidad de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:11 -12).

Tener la voluntad de adorar a Dios no confiere al hombre la condición de verdadero adorador, porque los judíos también adoraban y adoraban lo que sabían, porque la salvación viene de los judíos (Juan 4:22), sin embargo, tal adoración no era en espíritu. y en verdad (v. 23). Los profetas protestaron por este hecho:

“Porque el Señor ha dicho: Porque este pueblo se acerca a mí, y con su boca y con sus labios me honran, pero su corazón se aparta de mí, y su temor por mí consiste sólo en mandamientos de hombres, en que fue instruido” (Is 29,13).

La declaración de Jesús es igual a judíos y samaritanos, ya que ambos creían que adoraban a Dios, sin embargo, su adoración era algo que venía solo de la boca, pero no de los “riñones”.

“Los plantaste, y echaron raíces; crecen, también dan fruto; estás en tu boca, pero lejos de tus riñones” (Jer 12: 2).

Jesús presenta el verdadero concepto de adoración cuando dice:

– “Pero la hora viene, y es ahora, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca a los que le adoran ”(v. 23).

La adoración a Dios solo es posible en espíritu y en verdad, a diferencia de la adoración con los labios, que se refiere a un ‘acercamiento’ a Dios solo con los labios, tiene apariencia, sin embargo, el corazón permanece alejado de Dios.

¿Qué busca el Padre? Verdaderos adoradores, es decir, los que

adoran en espíritu y en verdad. Según las Escrituras, los ojos de Dios buscan a los justos, a los fieles sobre la faz de la tierra, porque solo los que andan por la senda recta pueden servirle. “Mis ojos estarán puestos en los fieles de la tierra, para que se sienten conmigo; el que anda por senda recta me servirá ”(Sal 101, 6), que contrasta con la condición del pueblo de Israel: “Sin embargo, todos los días me buscan, se complacen en conocer mis caminos, como pueblo que hace justicia y no abandona la justicia de su Dios; me piden los derechos de la justicia y se deleitan en alcanzar a Dios” (Isa 58: 2).

Es decir, Dios está cerca de quienes lo invocan, sin embargo, de quienes lo invocan de verdad. “Cercano está Jehová a todos los que lo invocan, a todos los que lo invocan en verdad” (Sal 145, 18). Solo invocando a Dios ‘en verdad’ se rompe la enemistad y se restablece el compañerismo hasta el punto en que el hombre se establece con Dios.

“Y nos resucitó con él y nos hizo sentarnos en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Efesios 2: 6).

¿Cómo invocar a Dios en verdad? Entrando por la puerta de la justicia. Solo aquellos que entran por la puerta de la justicia obtienen verdadera alabanza a Dios (Sal 118: 19). Solo los que entran por la puerta del Señor son fieles y justos (Sal 118: 20), y solo en ellos están los ojos del Señor.

Jesús deja en claro que: – “Dios es Espíritu, y es importante que los que lo adoran lo adoren en espíritu y en verdad”, pues, Dios es Espíritu, y Jesús agrega que las palabras que Él dijo son espíritu y vida (Juan 7:63), por tanto, para adorar en espíritu y en verdad es necesario que el hombre nazca del agua y del Espíritu (Juan 3: 5), nazca de las palabras dichas por Cristo.

La certeza de la mujer samaritana

A pesar de la necesidad diaria de tener que ir a buscar agua, lo que indicaba la humildad de la mujer, al no tener esclava, tenía esperanza. A pesar de no pertenecer a la comunidad israelí, estaba segura:

– Sé que viene el Mesías (que se llama el Cristo); cuando venga, nos lo anunciará todo.

¿De dónde vino esa certeza? Ahora, esa seguridad vino de las Escrituras. Su confianza era firme, ya que no esperaba tener un pozo privado ni un marido propio. Las Escrituras no prometen mejoras económicas o familiares, pero indican que Cristo, el mediador entre Dios y los hombres, vendría y que daría a conocer a los hombres todo lo que pertenece al reino de Dios.

En vista de la confianza de la mujer en las Escrituras, Jesús se revela: – ¡Yo soy, te hablo!¿Por qué Jesús se reveló a esa mujer, si en otros pasajes bíblicos ordena a sus discípulos que no le revelen a nadie que Él era el Cristo? (Mt 16:20) Porque la verdadera confesión es la que se deriva del testimonio que dan las Escrituras acerca de Cristo (Juan 5:32 y 39), y no de señales milagrosas (Juan 1:50; Juan 6:30).

En ese momento llegaron los discípulos y se quedaron perplejos de que Cristo estuviera hablando con una mujer.

“Y en esto vinieron sus discípulos, y se asombraron de que estaba hablando con una mujer; pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas? o: ¿Por qué hablas con ella? “ (v. 27).

La mujer samaritana abandonó su intención y corrió a la ciudad y pidió a los hombres que investigaran si el judío de la fuente de Jacob era el Cristo.

“Entonces la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad, y dijo a aquellos hombres: ‘Venid, ved a un hombre que me ha

contado todo lo que he hecho. ¿No es este el Cristo? (Pág. 28 y 29)

Como mujer en ese momento era una ciudadana de segunda clase, no impuso su fe, más bien instó a los hombres a acudir a Jesús y analizar sus palabras. La gente del pueblo se fue y fue a Cristo

“Salieron, pues, de la ciudad y se fueron a él” (v. 30).

Nuevamente se hicieron evidentes las marcas de un verdadero profeta: “Y se ofendieron en él. Pero Jesús les dijo: “No hay profeta sin honra, sino en su país y en su casa” (Mt 13, 57). Entre los extranjeros, Jesús fue honrado como profeta, diferente a su tierra y hogar (Mt 13,54).

Los discípulos suplicaron al Maestro:

- Rabí, come. Jesús les respondió:
- Tengo comida para comer que no sabes.

Su concepción todavía se centró en las necesidades humanas. Fue entonces cuando Jesús les declaró que tenía ‘hambre’ de hacer la voluntad de su Padre y de hacer su obra. ¿Qué trabajo sería? La respuesta está en Juan 6, versículo 29:

- “Esta es la obra de Dios: creed en el que envió”.

Mientras sus discípulos sabían leer los tiempos en que este mundo fue plantado y cosechado (Juan 4:34), Jesús estaba ‘viendo’ los campos blancos para la mies del Padre. Desde ese momento en que Cristo se manifestaba a los segadores ya estaban recibiendo su salario en el mundo, y la cosecha para la vida eterna ya había comenzado, y tanto el sembrador como el segador se regocijaron por la obra realizada (v. 36).

Jesús cita un dicho: – “Uno es el sembrador, el otro es el segador” (v. 37), y advierte a sus discípulos que se les encargaba segar en campos que no trabajaban (v. 38). ¿Qué

campos son estos? Ahora los campos que Jesús vio listos para la cosecha eran los gentiles. Nunca habían trabajado entre los gentiles, ahora estaban comisionados para trabajar entre los gentiles, como ya lo habían hecho otros este señor, es decir, algunos profetas como Elías y Eliseo habían ido a los gentiles presagiando la misión que iban a realizar (v. 38).

Por el testimonio de la mujer, quien dijo:

– Me contó todo lo que he hecho, muchos de los samaritanos creyeron en Cristo. ¿Me gusta? Porque ella dijo:

– Me contó todo lo que había hecho, Jesús fue a (los samaritanos) y se quedó con ellos dos días, y ellos creyeron en él por su palabras (Juan 4:41).

No creyeron en Cristo solo por el testimonio de la mujer, sino que creyeron porque, al escuchar a Cristo anunciarles el reino de los cielos, creyeron que Él verdaderamente era el Salvador del mundo (Juan 4:42).

Distorsiones

Si bien el propósito de las Escrituras y de Cristo era que los hombres creyeran que Él es el Salvador del mundo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, etc., en nuestros días existen diferentes tipos de evangelios que no promueven la verdadera obra de Dios, es decir, que los hombres creen en Cristo como enviado de Dios.

Su esperanza no es para el mundo venidero, en el que Cristo vendrá y se llevará a los que creen con Él (Juan 14: 1-4), sino que se fijarán en las cosas y los deseos de este mundo.

Muchos falsos maestros llaman la atención de los incautos al señalar sus necesidades diarias. ¿Porque? Porque las necesidades de los hombres nublan el razonamiento y no les

permiten analizar cuestiones lógicas esenciales. El discurso de los falsos maestros siempre apunta a las necesidades de la vida diaria para confundir a los incautos, ya que sus discursos son vanos.

Hay quienes se rodearán de maestros según sus intereses y que recurren a las fábulas (2 Ti. 4: 4). Otros consideran que Cristo es una fuente de ganancias y cooptan a los que quieren enriquecerse (1 Tim. 6: 5-9).

Pero también hay quienes tienen apariencia de piedad, que es una religión más, porque su mensaje está dirigido a huérfanos y viudas, que luchan por la causa de los pobres y necesitan bienes materiales, pero niegan la eficacia del evangelio. porque contradicen verdades esenciales como la futura resurrección de entre los muertos y el regreso de Jesús (2 Timoteo 2:18 y 3: 5;)

“Pues, ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No estarás también ante nuestro Señor Jesucristo en su venida? (1 Tesalonicenses 2:19).